

CAPITULO I

DE LA EVOLUCIÓN DE LA VIDA. MECANICISMO Y FINALIDAD

LA existencia de que estamos más seguros y que mejor conocemos es indiscutiblemente la nuestra, porque de todos los demás objetos tenemos nociones que pueden considerarse como exteriores y superficiales, en tanto que nosotros nos percibimos a nosotros mismos interiormente, profundamente. ¿Qué constatamos entonces? ¿Cuál es, en este caso privilegiado, el sentido preciso de la palabra "existir"? Recordemos aquí, en dos palabras, las conclusiones de un trabajo anterior.

Me doy cuenta primero de que paso de un estado a otro. Tenga calor o frío, esté alegre o esté triste, trabaje o no haga nada, miro a lo que me rodea o pienso en otra cosa. Sensaciones, sentimientos, voliciones, representaciones, he aquí las modificaciones entre las que se reparte mi existencia y que la colorean alternativamente. Cambio, pues, sin cesar. Pero con esto no digo bastante. El cambio es más radical de lo que en primer lugar se creería.

Hablo, en efecto, de cada uno de mis estados como si formase un bloque. Digo ciertamente que cambio, pero el cambio me parece residir en el paso de un estado al siguiente: de cada estado, tomado aparte, deseo creer que permanece lo que es durante el tiempo que se produce. Sin embargo, un ligero esfuerzo de atención me revelaría que no hay afección, representación ni volición que no se modifique en todo momento; si un estado de alma cesase de variar, su duración cesaría de transcurrir. Tomemos el más estable de los estados internos, la percepción visual de un objeto exterior inmóvil. Aunque el objeto permanezca el mismo y yo lo mire del mismo lado, bajo el mismo ángulo, en el mismo día, la visión que tengo de él difiere de la que acabo de tener, pues se dará el caso de

haber envejecido un instante. Mi memoria está ahí, introduciendo algo *de* este pasado en este presente. Mi estado de alma, al avanzar en la ruta del tiempo, se infla continuamente con la duración que lo engrosa y hace, por decirlo así una bola de nieve consigo mismo. Con más razón ocurre así con los estados más profundamente interiores —sensaciones, afecciones, deseos, etc.—, que no se corresponden, como una simple percepción visual, con un objeto exterior invariable. Pero es fácil no prestar atención a este cambio ininterrumpido, y no notarlo más que cuando engrosa lo bastante para imprimir al cuerpo una nueva actitud, y a la atención una dirección nueva. En este momento preciso nos encontramos con que hemos cambiado de estado. La verdad es que cambiamos sin cesar y que el estado mismo es ya un cambio.

Es decir que no hay diferencia esencial entre pasar de un estado a otro y persistir en el mismo estado. Si el estado que "permanece lo mismo" es más variado de lo que se cree, inversamente el paso de un estado a otro semeja más de lo que se imagina a un mismo estado que se prolonga; la transición es continua. Pero, precisamente porque cerramos los ojos a la incesante variación de cada estado psicológico, estamos obligados, cuando la variación llega a ser tan considerable que se impone a nuestra atención, a hablar como si un nuevo estado se hubiese yuxtapuesto al precedente. De éste suponemos que permanece invariable a su vez, y así consecutiva e indefinidamente. La aparente discontinuidad de la vida psicológica estriba, pues, en que nuestra atención se fija sobre ella por una serie de actos discontinuos: donde no hay más que una pendiente dulce, creemos percibir, siguiendo la línea rota de nuestros actos de atención, los peldaños de una escalera. Es verdad que nuestra vida psicológica está llena de imprevistos. Surgen mil incidentes que parecen dar un tajo sobre lo que precede y no referirse ya a lo que les sigue. Pero la discontinuidad de sus apariciones se destaca sobre la continuidad de un fondo en el cual se dibujan y al que dan la sinfonía los golpes de tambor que suenan de cuando en cuando. Nuestra atención se fija en ellos porque le interesan más, pero cada uno de ellos es llevado por la masa fluida de nuestra existencia psicológica entera. Cada uno de ellos no es más que el punto mejor

iluminado de una zona móvil que comprende todo lo que sentimos, pensamos, queremos, todo lo que somos, en fin, en un momento dado. Es esta zona entera la que constituye, en realidad, nuestro estado. Ahora bien, de los estados así definidos puede decirse que no son elementos distintos. Se continúan unos a otros en un transcurso sin fin.

Pero como nuestra atención los ha distinguido y separado artificialmente, está obligada a reunirlos en seguida por un lazo artificial. Imagina así un *yo* amorfo, indiferente, inmutable, sobre el que desfilarían o se enhebrarían los estados psicológicos que ella ha erigido en entidades independientes. Donde hay una fluidez de matices fugaces que montan unos sobre otros, ella percibe colores vivos y, por decirlo así, sólidos, que se yuxtaponen como las perlas variadas de un collar: es forzoso suponer entonces un hilo, no menos sólido, que retendría conjuntamente las perlas. Pero si este sustrato incoloro es coloreado sin cesar por lo que le recubre, resulta para nosotros, en su indeterminación, como si no existiese. Ahora bien, no percibimos precisamente más que lo coloreado, es decir, estados psicológicos. A decir verdad, este "sustrato" no es una realidad; es, para nuestra conciencia, un simple signo destinado a recordarle sin cesar el carácter artificial de la operación por la que la atención yuxtapone un estado a un estado, allí donde hay una continuidad que se desarrolla. Si nuestra existencia se compusiese de estados separados de los que un "yo" impasible tuviese que realizar la síntesis, no habría para nosotros duración. Porque un *yo* que no cambia no dura, y un estado psicológico que permanece idéntico a sí mismo, en tanto no es reemplazado por el estado siguiente, no dura ya. Por más que, desde entonces, se alineen estos estados unos al lado de otros sobre el "yo" que los sostiene, jamás estos sólidos enfilados sobre lo sólido producirán esa duración que transcurre. La verdad es que se obtiene así una imitación artificial de la vida interior, un equivalente estático que se prestará mejor a las exigencias de la lógica y del lenguaje, precisamente porque se habrá eliminado de él el tiempo real. Pero en cuanto a la vida psicológica, tal como ella se desarrolla en los símbolos que la recubren, se percibe sin dificultad que es su trama misma.

No hay por lo demás trama más resistente ni más sustancial. Porque nuestra duración no es un instante que reemplaza a un instante: entonces, no habría nunca otra cosa que el presente, no habría prolongación del pasado en lo actual, ni evolución, ni duración concreta. La duración es el progreso continuo del pasado que corroe el porvenir y que se dilata al avanzar. Desde el momento en que el pasado aumenta sin cesar, se conserva también indefinidamente. La memoria, como hemos tratado de probar ¹, no es una facultad de clasificar recuerdos en el cajón de un armario o de inscribirlos en un registro. No hay registro ni cajón; no hay incluso aquí, hablando con propiedad, una facultad, porque una facultad se ejercita intermitentemente, cuando quiere o cuando puede, en tanto que el amontonamiento del pasado sobre el pasado se prosigue sin tregua. En realidad, el pasado se conserva por sí mismo, automáticamente. Todo entero, sin duda, nos sigue a cada instante: lo que hemos sentido, pensado, querido desde nuestra primera infancia, está ahí, pendiente sobre el presente con el que va a unirse, ejerciendo presión contra la puerta de la conciencia que querría dejarlo fuera. El mecanismo cerebral está hecho precisamente para hacer refluir su casi totalidad en lo inconsciente y para no introducir en la conciencia más que lo que por naturaleza está destinado a iluminar la situación presente, a ayudar a la acción que se prepara, a dar, en fin, un trabajo *útil*. A lo más, recuerdos de lujo alcanzan a pasar de contrabando por la puerta entreabierta. Y ellos, mensajeros de lo inconsciente, nos advierten de lo que arrastramos detrás de nosotros sin saberlo. Pero incluso aunque nouviésemos la idea distinta, sentiríamos vagamente que nuestro pasado nos permanece como presente. ¿Qué somos, en efecto, qué es nuestro *carácter*, sino la condensación de la historia que hemos vivido a partir de nuestro nacimiento, antes incluso de nacer, ya que traemos con nosotros disposiciones prenatales? Sin duda, no pensamos más que con una pequeña parte de nuestro pasado; pero es con nuestro pasado entero, comprendida en él nuestra curvatura original del alma, con el que deseamos, queremos y actuamos. Nuestro pasado se manifiesta

¹ Materia y memoria, cap. II y III.

pues íntegramente a nosotros por su impulso y en forma de tendencia, aunque solamente una débil parte se convierta en representación.

De esta supervivencia del pasado resulta la imposibilidad, para una conciencia, de atravesar dos veces el mismo estado. Aunque las circunstancias sean las mismas, ya no actúan sobre la misma persona, puesto que la toman en un nuevo momento de su historia. Nuestra personalidad, que se construye a cada momento con la experiencia acumulada, cambia sin cesar. Al cambiar, impide que un estado, aún idéntico a sí mismo en superficie, se repita en profundidad. Y por ello nuestra duración resulta irreversible. No podríamos revivir una parcela suya, porque sería preciso comenzar por borrar el recuerdo de todo lo que ha seguido. Podríamos, en rigor, borrar este recuerdo de nuestra inteligencia, pero no de nuestra voluntad.

Así, nuestra personalidad se desarrolla, crece, madura incesantemente. Cada uno de sus momentos es algo nuevo que se añade a lo anterior. Vayamos más lejos: no se trata solamente de algo nuevo, sino de algo imprevisible. Sin duda, mi estado actual se explica por lo que había en mí y por lo que actuaba sobre mí hace un poco. No encontraría otros elementos en el análisis. Pero una inteligencia, incluso sobrehumana, no hubiese podido prever la forma simple, indivisible, que da a estos elementos completamente abstractos su organización concreta. Porque prever consiste en proyectar en el porvenir lo que se ha percibido en el pasado, o en representarse para más tarde una nueva ensambladura, en otro orden, de los elementos ya percibidos. Pero lo que no se ha percibido nunca y lo que es al mismo tiempo simple, resulta necesariamente imprevisible. Ahora bien, tal es el caso de cada uno de nuestros estados, considerado como un momento de una historia que se desarrolla: es simple, y no puede haber sido percibido ya, puesto que concentra en su indivisibilidad todo lo percibido junto con lo que, además, le añade el presente. Es un momento original de una no menos original historia.

El retrato terminado se explica por la fisonomía del modelo, por la naturaleza del artista, por los colores disueltos sobre la paleta; pero, incluso con el conocimiento de lo que lo explica, nadie, ni aun el artista, hubiese po-

dido prever con exactitud lo que sería el retrato, porque el predecirlo hubiese sido producirlo antes de haber sido hecho, hipótesis absurda que se destruye a sí misma. Otro tanto ocurre con los momentos de nuestra vida, de la que somos sus artesanos. Cada uno de ellos es una especie de creación. Y lo mismo que el talento del pintor se forma o se deforma, y en todo caso se modifica, bajo la influencia misma *de* las obras que produce, así cada uno de nuestros estados, al mismo tiempo que sale de nosotros, modifica nuestra persona, siendo como la forma nueva que acabamos de darnos. Hay, pues, razón para decir que lo que hacemos depende de lo que somos; pero debe añadirse que somos, en cierta medida, lo que hacemos y que nos creamos continuamente a nosotros mismos. Esta creación de sí por sí es tanto más completa, por lo demás, cuanto mejor se razona sobre lo que se hace. Porque la razón no procede aquí como en geometría, en donde las premisas son dadas una vez por todas, impersonales, y donde se impone una conclusión impersonal. Aquí, por el contrario, las mismas razones podrán inspirar, a personas diferentes o a la misma persona en momentos diferentes, actos profundamente diferentes, aunque igualmente razonables. A decir verdad, no se trata de las mismas razones, puesto que no son las de la misma persona ni las del mismo momento. Por lo cual no se puede operar sobre ellas *in abstracto*, desde fuera, como en geometría, ni resolver a otro los problemas que la vida le impone. Cada uno habrá de resolverlos desde su interioridad, por su cuenta. Pero no tenemos por qué profundizar en este punto. Buscamos tan sólo qué sentido preciso da nuestra conciencia a la palabra "existir", y encontramos que, para un ser consciente, existir consiste en cambiar, cambiar madurando, madurar creándose indefinidamente a sí mismo. ¿Di-ríase otro tanto de la existencia en general?

Un objeto material, tomado al azar, presenta caracteres inversos a los que acabamos de enumerar. O permanece tal cual es, o, si cambia bajo la influencia de una fuerza exterior, nos representamos este cambio como un desplazamiento de partes que no cambian. Si estas partes cambiasen, las fragmentaríamos a su vez. Descenderemos así hasta las moléculas de que están hechos los fragmen-

tos, hasta los átomos constitutivos de las moléculas, hasta los corpúsculos generadores de los átomos, hasta lo "imponderable" en el seno del cual se formaría el corpúsculo por un simple torbellino. Llevaremos, en fin, la división o el análisis tan lejos como sea preciso. Pero no nos detendremos sino ante lo inmutable.

Ahora bien, decimos que el objeto compuesto cambia por el desplazamiento de sus partes. Pero cuando una parte ha dejado su posición, nada le impide volver a recobrarla. Un grupo de elementos que ha pasado por un estado, puede pues, en todo momento, volver a él, si no por sí mismo, al menos por el efecto de una causa exterior que vuelve a ponerlo todo en su lugar. Esto equivale a decir que un estado del grupo podrá repetirse tan frecuentemente como se quiera y que, por consiguiente, el grupo no envejece, no tiene historia.

Así, nada se crea en él, ni forma ni materia. Lo que el grupo será está ya presente en lo que es, con tal que se comprenda en lo que es todos los puntos del universo con los que se le supone en relación. Una inteligencia sobrehumana calcularía, para no importa qué momento del tiempo, la posición de no importa qué punto del sistema en el espacio. Y como no hay nada más en la forma del todo que la disposición de las partes, las formas futuras del sistema son teóricamente visibles en su configuración presente.

Toda nuestra creencia en los objetos, todas nuestras operaciones con los sistemas que la ciencia aísla, descansan en efecto sobre la idea de que el tiempo no actúa sobre ellos. Hemos tocado algo de esto en un trabajo anterior. Volveremos de nuevo en el curso del presente estudio. Por el momento limitémonos a hacer notar que el tiempo abstracto t atribuido por la ciencia a un objeto material o a un sistema aislado, no consiste más que en un número determinado de *simultaneidades*, o más generalmente de *correspondencias*, y que este número permanece el mismo, sea cual sea la naturaleza de los intervalos que separan unas correspondencias de otras. Jamás se presenta la cuestión de estos intervalos cuando se habla de la materia bruta; o si se les toma en consideración, es para contar ahí con correspondencias nuevas, entre las cuales podrá pasar todavía todo lo que se quiera. El sen-

tido común, que sólo se ocupa de los objetos separados, como también la ciencia, que no considera más que sistemas aislados, se coloca en los extremos de los intervalos y no a lo largo de los intervalos mismos. Por lo cual podríamos suponer que el flujo del tiempo tomó una rapidez infinita, que todo *el* pasado, el presente y el porvenir de los objetos materiales o de los sistemas aislados se hizo patente de una vez en el espacio: nada habría que cambiar ni en las fórmulas del sabio ni incluso en el lenguaje del sentido común. El número t significaría siempre lo mismo. Contaría todavía con el mismo número de correspondencias entre los estados de los objetos o de los sistemas y los puntos de la línea plenamente trazada que sería ahora "el curso del tiempo".

Sin embargo, la sucesión es un hecho indiscutible, incluso en el mundo material. Nuestros razonamientos sobre los sistemas aislados en vano implicarán que la historia pasada, presente y futura de cada uno de ellos sea explicable toda de una vez, como desplegada en abanico; esta historia se desenvuelve poco a poco, como si ocupase una duración análoga a la nuestra. Si deseo prepararme un vaso de agua azucarada, por más que haga, debo esperar a que el azúcar se disuelva. Este hecho sin importancia está lleno de enseñanzas. Pues el tiempo que tengo que esperar no es ya ese tiempo matemático que se aplicaría también a lo largo de la historia entera del mundo material, aun cuando se nos mostrase toda de una vez en el espacio. Coincide con mi impaciencia, es decir, con una cierta porción de mi duración, que no es prolongable ni reducible a voluntad. No se trata ya de algo pensado, sino de algo vivido, esto es, de una relación, de lo absoluto. ¿Y no equivale a decir que el vaso de agua, el azúcar, y el proceso de disolución del azúcar en el agua son sin duda abstracciones, y que el Todo en el que están recortados por mis sentidos y mi entendimiento progresa quizás a la manera de una conciencia?

Ciertamente, la operación por la cual la ciencia aísla y cierra un sistema no es una operación completamente artificial. Si no tuviese un fundamento objetivo, no se explicaría que estuviese indicada en ciertos casos, pero no en otros. Veremos que la materia tiene una tendencia a construir sistemas aislables, que pueden tratarse geométri-

camente. Incluso la definiremos por esta tendencia. Pero no se trata más que de una tendencia. La materia no va hasta el fin, y el aislamiento no es nunca completo. Si la ciencia va hasta el fin y aísla por completo, es para facilidad del estudio. Ella sobreentiende que el sistema, aislado, permanece sometido a ciertas influencias exteriores. Las da simplemente de lado, ya porque las encuentre demasiado débiles para despreciarlas, ya porque se reserve tenerlas en cuenta más tarde. No es menos verdad que estas influencias son como otros tantos hilos que enlazan el sistema a otro más amplio, éste a un tercero que engloba a los dos, y así en sucesión hasta llegar al sistema más objetivamente aislado y más independiente de todos: el sistema solar en su conjunto. Pero, aun aquí, el aislamiento no es absoluto. Nuestro sol irradia su calor y su luz más allá del planeta más lejano. Y, por otra parte, se mueve, y arrastra consigo los planetas y sus satélites, en una dirección determinada. El hilo que le ata al resto del universo es sin duda muy tenue. Sin embargo, a lo largo de este hilo se transmite, hasta la más pequeña parcela del mundo en que vivimos, la duración inmanente al todo del universo.

El universo dura. Cuanto más profundicemos en la naturaleza del tiempo, más comprenderemos que duración significa invención, creación de formas, elaboración continua de lo absolutamente nuevo. Los sistemas delimitados por la ciencia no duran sino porque están indisolublemente ligados al resto del universo. Es verdad que en el universo mismo debemos distinguir, como diremos más adelante, dos movimientos opuestos, el uno de "descenso", el otro de "subida". El primero no hace más que desenvolver un rollo ya preparado. Podría, en principio, realizarse de una manera casi instantánea, como ocurre a un resorte que se afloja. Pero el segundo, que corresponde a un trabajo interior de maduración o de creación, dura esencialmente, e impone su ritmo al primero, que es inseparable de él.

Nada impide, pues, atribuir a los sistemas que la ciencia aísla una duración y, por ello, una forma de existencia análoga a la nuestra, si se les reintegra al Todo. Pero es preciso efectuar esta reintegración. Y otro tanto diríamos, *a fortiori*, de los objetos delimitados por nuestra percep-

ción. Los contornos distintos que atribuimos a un objeto, y que le confieren su individualidad, no son más que el dibujo de un cierto género de *influencia* que podríamos ejercer en un cierto punto del espacio: es el plano de nuestras acciones eventuales el devuelto a nuestros ojos, como por un espejo, cuando percibimos las superficies y las aristas de las cosas. Suprimid esta acción y por consiguiente las grandes rutas que ella frecuenta de antemano, por medio de la percepción, en la confusión de lo real, y la individualidad del cuerpo se reabsorbe en la universal interacción que es sin duda la realidad misma.

Ahora bien, hemos considerado objetos materiales tomados al azar. ¿Pero no hay objetos privilegiados? Decíamos que los cuerpos brutos son tallados en la trama de la naturaleza por una *percepción* cuyos cinceles siguen, en cierto modo, el punteado de las líneas sobre las que pasaría la acción. Pero el cuerpo que ejerce esta acción, el cuerpo que, antes de realizar acciones reales, proyecta ya sobre la materia el dibujo de sus acciones virtuales, el cuerpo que no tiene más que dirigir sus órganos sensoriales sobre el flujo de lo real para hacerlo cristalizar en formas definidas y crear así todos los demás cuerpos, el *cuerpo vivo*, en fin, ¿es un cuerpo como los demás?

Sin duda, consiste, él también, en una porción de extensión enlazada al resto de la extensión, solidaria del Todo, sometida a las mismas leyes físicas y químicas que gobiernan no importa qué porción de la materia. Pero en tanto que la subdivisión de la materia en cuerpos aislados es relativa a nuestra percepción; en tanto que la constitución de sistemas cerrados de puntos materiales es relativa a nuestra ciencia, el cuerpo vivo ha sido aislado y cerrado por la naturaleza misma. Se compone de partes heterogéneas que se completan unas a otras. Realiza funciones diversas que se implican unas a otras. Es un *individuo*, y de ningún otro objeto, incluso del cristal, puede decirse otro tanto, ya que un cristal no tiene ni heterogeneidad de partes ni diversidad de funciones. Sin duda, resulta difícil determinar, incluso en el mundo organizado, lo que es individuo y lo que no lo es. La dificultad ya es grande en el reino animal; se hace casi insuperable, cuando se trata de los vegetales. Esta dificultad reside, por lo demás,

en causas profundas, sobre las que insistiremos más adelante. Se verá que la individualidad encierra una infinidad de grados y que en ninguna parte, ni siquiera en el hombre, se realiza plenamente. Pero esta no es una razón para rehusar ver ahí una propiedad característica de la vida. El biólogo que procede como geómetra, triunfa demasiado fácilmente sobre nuestra impotencia para dar de la individualidad una definición precisa y general. Una definición perfecta no se aplica más que a una realidad hecha; ahora bien, las propiedades vitales no están nunca enteramente realizadas, sino siempre en vía de realización: son menos *estados* que *tendencias*. Y una tendencia no obtiene todo lo que ella trata de alcanzar más que si no es contrariada por ninguna otra tendencia: ¿cómo podría presentarse este caso en el dominio de la vida, donde hay siempre, como mostraremos, implicación recíproca de tendencias antagónicas? En particular, en el caso de la individualidad, puede decirse que, si la tendencia a individualizarse está presente en todas partes en el mundo organizado, es combatida también en todas partes por la tendencia a reproducirse. Para que la individualidad fuese perfecta, sería preciso que no pudiese vivir separadamente ninguna parte aislada del organismo. Pero la reproducción se haría entonces imposible. ¿Qué es ésta, en efecto, sino la reconstrucción de un organismo nuevo con un fragmento separado del antiguo? La individualidad aloja su enemigo en ella. La necesidad misma que ella experimenta de perpetuarse en el tiempo la condena a no estar jamás completa en el espacio. Corresponde al biólogo hacer, en cada uno de los casos, la partición de las dos tendencias. En vano, pues, le pediremos una definición de la individualidad formulable una vez por todas y aplicable automáticamente. Pero con demasiada frecuencia se razona sobre las cosas de la vida como sobre las modalidades de la materia bruta. En ninguna parte la confusión es tan visible como en las discusiones sobre la individualidad. Se nos muestran los trozos de un *Lumbriculus* regenerando cada uno su cabeza y viviendo en adelante como otros tantos individuos independientes, o una *Hydra* cuyos pedazos se convierten en otras tantas *Hydras* nuevas, o un huevo de erizo, cuyos fragmentos desarrollan embriones completos: ¿dónde estaba, pues, se nos preguntará, la individualidad

del huevo, de la Hydra o del gusano? Pero de que ahora haya varias individualidades no se sigue que no haya habido antes una individualidad única. Reconozco que después de ver caer varios cajones de un mueble, no tenía derecho a decir que el mueble era todo de una pieza. Pero lo que no puede haber en el presente de este mueble más que en su pasado es que, si está hecho ahora de varias piezas heterogéneas, también lo estaba desde el momento de su fabricación. Más generalmente, los cuerpos no organizados, que son aquellos de los que tenemos necesidad para actuar y sobre los que hemos modelado nuestra manera de pensar, son regidos por esta ley simple: "el presente no contiene nada más que el pasado, y lo que se encuentra en el efecto estaba ya en su causa". Pero supongamos que el cuerpo organizado tenga por rasgo distintivo crecer y modificarse sin cesar, como testimonia por lo demás la observación más superficial; no habría nada sorprendente en que fuese *uno* primero y *varios* después. La reproducción de los organismos unicelulares consiste en esto mismo, en que el ser vivo se divide en dos mitades cada una de las cuales es un individuo completo. Es verdad que en los animales más complejos la naturaleza localiza en células llamadas sexuales, casi independientes, el poder de producir de nuevo el todo. Pero algo de este poder puede permanecer difuso en el resto del organismo, como lo prueban los hechos de regeneración, y se concibe que, en ciertos casos privilegiados, la facultad subsiste íntegra en estado latente y se manifiesta en la primera ocasión. A decir verdad, para que yo pueda hablar de individualidad, no es necesario que el organismo no pueda escindirse en fragmentos viables. Basta que este organismo haya presentado una cierta sistematización de partes antes de la fragmentación y que la misma sistematización tienda a reproducirse en los fragmentos una vez separados. Ahora bien, esto es justamente lo que observamos en el mundo organizado. Concluyamos, pues, diciendo que la individualidad no es nunca perfecta, que resulta difícil y a veces casi imposible precisar lo que es individuo y lo que no lo es, pero que la vida no deja de manifestar por ello una búsqueda de la individualidad y que tiende a constituir sistemas naturalmente aislados, naturalmente cerrados. Por ello, un ser vivo se distingue de todo lo que nues-

tra percepción o nuestra ciencia aísla o cierra artificialmente. Nos equivocáramos si le comparásemos con un *objeto*. Si quisiéramos buscar en lo no organizado un término de comparación, deberíamos asimilar el organismo vivo antes bien a la totalidad del universo material y no a un objeto determinado. Es verdad que la comparación no nos servirla gran cosa, porque un ser vivo es un ser observable, en tanto que el todo del universo es construido o reconstruido por el pensamiento. Al menos nuestra atención sería solicitada en cuanto al carácter esencial de la organización. Como el universo en su conjunto, como cada ser consciente tomado aparte, el organismo que vive es algo que dura. Su pasado se prolonga todo entero en su presente, y ahí permanece actual y actuando. ¿Podría comprenderse de otro modo que atravesase fases bien reguladas, que cambiase de edad, en fin, que tuviese una historia? Si considero mi cuerpo en particular, encuentro que, semejante a mi conciencia, madura poco a poco desde la infancia a la vejez; como yo, envejece. Incluso madurez y vejez no son, hablando con propiedad, más que atributos de mi cuerpo; sólo metafóricamente doy el mismo nombre a los cambios correspondientes de mi persona consciente. Ahora, si paso de arriba abajo la escala de los seres vivos; si paso de uno de los más diferenciados a uno de los menos diferenciados; si paso del organismo pluricelular al organismo unicelular del infusorio, encuentro de nuevo, en esta simple célula, el mismo proceso de envejecimiento. El infusorio se agota al cabo de un cierto número de divisiones, y si se puede, modificando el medio ², retardar el momento en que se hace necesario un rejuvenecimiento por conjugación, no sabríamos retrotraerlo indefinidamente. Es verdad que entre estos dos extremos, en que el organismo está plenamente individualizado, encontraríamos una multitud de otros en que se marca menos la individualidad, y en los cuales, aunque haya sin duda envejecimiento en alguna parte, no sabríamos decir justamente lo que envejece. Una vez más, no existe ley biológica universal que se aplique enteramente, automáticamente, a no importa qué ser vivo. No hay más

² CALKINS, *Studies on the life history of Protozoa* (Arch. f. *Entwicklungsmechanik*, vol. XV, 1903, págs. 139-186).

que direcciones en las que la vida lanza a las especies en general. Cada especie particular, en el acto mismo por el cual se constituye, afirma su independencia, sigue su capricho, se desvía más o menos de la línea, a veces incluso remonta la pendiente y parece volver la espalda a la dirección original. No habrá, dificultad en mostrarnos que un árbol no envejece, ya que sus ramas terminales son siempre jóvenes, siempre también capaces de engendrar, por trasplante, árboles nuevos. Pero en un organismo parecido —que es por lo demás una sociedad antes que un individuo—, algo envejece, aunque no sean más que las hojas y el interior del tronco. Y cada célula, considerada aparte, evoluciona de una manera determinada. *Dondequiera que algo vive, hay, abierto en alguna parte, un registro en el que se inscribe el tiempo.*

Esto no es otra cosa, se dirá, que una metáfora. Pero es esencial al mecanicismo, en efecto, tener por metafórica toda expresión que atribuye al tiempo una acción eficaz y una realidad propia. La observación inmediata nos muestra que el fondo mismo de nuestra existencia consciente es memoria, es decir, prolongación del pasado en el presente, es decir todavía, duración que actúa e irreversible. El razonamiento nos prueba que cuanto más nos alejamos de los objetos recortados y de los sistemas aislados por el sentido común y la ciencia, más nos las habernos con una realidad que cambia en bloque en sus disposiciones interiores, como si una memoria acumuladora del pasado hiciese imposible ahí la vuelta atrás. El instinto mecanicista del espíritu es más fuerte que el razonamiento, más fuerte que la observación inmediata. El metafísico que llevamos inconscientemente en nosotros, y cuya presencia se explica, como veremos más adelante, por el lugar mismo que ocupa el hombre en el conjunto de los seres vivos, tiene sus exigencias detenidas, sus explicaciones hechas, sus tesis irreductibles: todas se refieren a la negación de la duración concreta. Es *preciso* que el cambio se reduzca a un arreglo o desarreglo de las partes, que la irreversibilidad del tiempo sea una apariencia relativa a nuestra ignorancia, que la imposibilidad de la vuelta atrás no sea otra cosa que la impotencia del hombre para volver a poner las cosas en su lugar. Desde entonces, el envejecimiento no puede ser ya más que la adquisición

progresiva o la pérdida gradual de ciertas sustancias, quizá las dos cosas a la vez. El tiempo tiene justamente tanta realidad para un ser vivo como para un reloj de arena, en el que el depósito de arriba se vacía en tanto que el de abajo se llena, y donde pueden ponerse las cosas en su punto dando vuelta al aparato.

Es verdad que no se está de acuerdo sobre lo que se gana ni sobre lo que se pierde entre el día del nacimiento y el de la muerte. Hay quienes piensan en el aumento continuo del volumen del protoplasma, a partir del nacimiento de la célula hasta su muerte ³. Más verosímil y más profunda es la teoría que hace descansar la disminución en la cantidad de sustancia nutritiva encerrada en el "medio interior" donde se renueva el organismo, y el aumento en la cantidad de sustancias residuales no excretadas que, al acumularse en el cuerpo, terminan por "encostrarlo" ⁴. ¿Es preciso, no obstante, con un microbiólogo eminente, declarar insuficiente toda explicación del envejecimiento que no tiene en cuenta la fagocitosis ⁵? No estamos calificados para zanjar la cuestión. Pero el hecho de que las dos teorías estén de acuerdo en afirmar la constante acumulación o la pérdida constante de una cierta especie de materia, cuando, en la determinación de lo que se gana y de lo que se pierde, no tienen gran cosa de común, muestra suficientemente que el cuadro de la explicación ha sido suministrado *a priori*. Lo veremos mejor a medida que avancemos en nuestro estudio: no es fácil, cuando se piensa en el tiempo, escapar a la imagen del reloj de arena.

La causa del envejecimiento debe ser más profunda. Estimamos que hay continuidad ininterrumpida entre la evolución del embrión y la del organismo completo. El impulso en virtud del cual el ser vivo crece, se desarrolla y envejece, es el mismo que le ha hecho atravesar las fases de la vida embrionaria. El desarrollo del embrión es

³ SEDGWICK MINOT, *On certain phenomena of growing old* (Proc. of the American Assoc. for the advancement of science, 39 asamblea, Salem, 1891, págs. 271-288).

⁴ LE DANTEC, *L'individualité et l'erreur individualiste*, París, 1905, pág. 84 y ss.

⁵ METCHNIKOFF, *La dégénérescence sénile* (Année biologique, III, 1897, pág. 249 y ss.). Cf. del mismo autor: *La nature humaine*, París, 1903, pág. 312 y ss.